

EDUCAR DESDE LA PEDAGOGÍA DE LA RESILIENCIA

M^a CARMEN LAMATA MOLINA

Universidad Internacional de la Rioja (UNIR)

DOI: 10.14679/3126

Sumario. 1. Introducción: ¿Es necesario un giro en el modelo educativo? 2. Redescubrir la escuela aprendizaje compartido. 3. Una escuela resiliente que enseña a vivir de forma inteligente. 4. Profesores, agentes de desarrollo y tutores de resiliencia. 5. Alumnos llenos de posibilidades a descubrir. 6. La familia, fuente de apoyo. 7. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos años ha quedado en evidencia la necesidad de realizar cambios en la escuela. Constantemente surgen propuestas que desean contribuir a la mejora educativa y defienden los beneficios de incorporar competencias digitales, implementar metodologías activas, favorecer enfoques cooperativos, desarrollar programas de robótica o ingeniería, programar a través de proyectos interdisciplinarios y participar en proyectos globales. A su vez, se pretende dar mayor protagonismo al alumno, desarrollar el pensamiento crítico y creativo en el aula, plantear un aprendizaje basado en problemas y retos contextualizados y promover el compromiso social. Más aún, desde el marco normativo se establece que debe hacerse desde una enseñanza personalizada e inclusiva, cultivando el desarrollo de la persona y atendiendo a las diferentes formas de aprender de los alumnos. Es indudable el beneficio de todo ello, pero ha de tomarse consciencia de la envergadura de dichas demandas. Para adaptar las estructuras y la organización al cambio, la escuela y el profesorado necesitan modelos, recursos, orientaciones y estrategias que permitan afrontar el desafío. En este sentido, si se quiere apoyar la renovación de la escuela y encontrar en las dificultades del panorama actual el acicate para la mejora, se hace necesario hablar de resiliencia.

La resiliencia designa la capacidad humana de superar la adversidad y continuar el crecimiento obteniendo un aprendizaje de las experiencias vividas. Requiere de flexibilidad para resistir las dificultades, habilidades de afrontamiento positivo y una capacidad de aprendizaje orientada hacia la superación. Parte de una concepción de la persona como unidad bio-psico-social en constante cambio, dando especial importancia a la relación interpersonal y la existencia de figuras de apoyo significativo en las diferentes etapas evolutivas. A este respecto, los estudios sobre el desarrollo de la resiliencia en niños y adolescentes concluyen que es necesaria la existencia de al menos un adulto que acepta al menor y confía en sus capacidades para pueda emerger en él la resiliencia (Cyrułnik, 2002).

Cada vez más autores consideran que la resiliencia constituye un nuevo paradigma de intervención (Munist et al., 1998). En el ámbito educativo, pueden ser múltiples y fecundas sus contribuciones, de ahí que interese profundizar en lo que supone una pedagogía de la resiliencia, proponiendo una visión de la escuela como tutora de resiliencia y favoreciendo que la relación de los diferentes miembros de la comunidad educativa esté basada en el apoyo y aprendizaje mutuo. La escuela tiene la oportunidad de recrearse y ser a su vez, referente y tutora de resiliencia social. La escuela puede y debe formarse para alcanzar de manera más plena sus fines.

Promover la resiliencia en y desde la escuela es el principio, la estrategia y la respuesta que guía la pedagogía de la resiliencia. En la investigación sobre la escuela como tutora de resiliencia social (Lamata, 2012) se revisa la teoría básica de la resiliencia y se aplican los modelos teórico-prácticos del campo de estudio para formar a la escuela como tutora de resiliencia social. Enfoques pedagógicos como el aprendizaje servicio (Puig, 2006) o las comunidades de aprendizaje (Flecha et al., 2003) permiten implementar de forma coherente este modelo y generar sinergias de interés por coincidir en muchos de sus principios. Pero también desde otros referentes se puede avanzar progresivamente en la promoción de la resiliencia siempre y cuando se aborde desde un modelo integrado, donde se trabaje con el alumnado, se forme al profesorado y se oriente a las familias para desarrollar la resiliencia.

En primer lugar, es necesario orientar la comunidad educativa a la búsqueda de soluciones creativas y constructivas para adaptarse a los cambios y aprender a modificar contextos de riesgo. La escuela ha de destacar por ser una institución resiliente, capaz de renovarse para mejorar y elevar su significación social. Por otra parte, en el ámbito escolar la promoción de la resiliencia es un objetivo viable y asequible. La escuela tiene la posibilidad de detectar y estimular rasgos en las personas a lo largo del tiempo, establecer factores en el ambiente que generen desarrollo y orientar los modelos de relación buscando que la relación entre el profesorado y los estudiantes se base en la confianza. De esta forma, juntos pueden encontrar referentes para descubrir sus recursos y ponerlos al servicio de la mejora. El desarrollo de la resiliencia constituye además una actividad legítima como medio de formar al alumnado para la vida. Para lograr una educación integral y el aprendizaje de las competencias básicas, es necesario que la escuela enseñe cómo adaptarse a los cambios, como perseverar ante las dificultades y cómo enfocarse de forma creativa a la mejora.

Por tanto, la pedagogía de la resiliencia aporta claves para enriquecer la cultura organizacional, las relaciones e interacciones que se establecen dentro de la comunidad educativa, el estilo pedagógico de los profesionales, la colaboración con las familias y la atención al alumnado. Su aplicación permite generar aprendizajes orientados a la superación en la persona y los grupos desde un enfoque que destaca el potencial indiscutible de la escuela para erigirse como tutora de resiliencia social.

2. REDESCUBRIR LA ESCUELA APRENDIZAJE COMPARTIDO

Desde la pedagogía de la resiliencia los centros educativos han de educar fomentando el apoyo y la superación. Dentro de la comunidad educativa los grupos colaboran y aprenden juntos para crecer. La promoción de la resiliencia en los alumnos, los profesionales y a nivel de la comunidad, establece un estilo de afrontamiento positivo que dirige el esfuerzo hacia la búsqueda y generación de soluciones. Los conocimientos, habilidades y destrezas se comparten y coordinan para alcanzar el bien de la persona, la escuela y la sociedad. De esta

forma, educando y aprendiendo a funcionar de manera resiliente se impulsa el desarrollo, personal, profesional y social. Mejorar la escuela es mejorar la sociedad.

La escuela surge para educar y dentro de su cometido ha de mantener una reflexión continua sobre cómo hacerlo. Parte de su cometido consiste en contribuir a que la propia educación se perfeccione y mejore. Los enfoques de investigación en la acción, la reflexión docente y la evaluación de la experiencia educativa y la didáctica son los mejores cauces para mejorar la pedagogía, profundizar en el saber y enriquecer la cultura. La escuela puede y debe estimular en la comunidad competencias, programas formativos que difunden valores humanos; dinámicas de relación para generar redes de confianza y apoyo, así como proyectos en los que comprometerse con la mejora del contexto. El paradigma de la resiliencia constituye un marco de referencia relevante para centrar el modelo pedagógico en las fortalezas.

Por otra parte, la escuela se ve altamente cuestionada en el ejercicio actual de sus funciones. Es frecuente escuchar que la educación atraviesa una crisis, que la escuela no ha sabido adaptarse a los cambios o que la figura del profesor ha perdido parte de su autoridad y relevancia. Las cifras de fracaso escolar también alertan sobre la necesidad de realizar cambios. De ahí que sea importante encontrar medios que garanticen una mejor calidad educativa y persigan la deseada compensación e igualdad de oportunidades en el alumnado que presenta cualquier tipo de desventaja. El profesorado no puede educar actualmente desde los mismos referentes desde los que fue educado y se ve urgido a implantar sucesivamente cambios e innovaciones en las que no siempre se siente seguro o suficientemente formado. La tarea es compleja y tiene una importante carga desestabilizadora. Por ello, la escuela debe ser resiliente. Flexible para adaptarse a la realidad actual y creativa para darle adecuada respuesta. Para ello es fundamental que no se detenga ante los obstáculos ni se agote en recuperar funciones y posiciones del pasado. Es necesario asumir riesgos y buscar caminos alternativos para encontrar su lugar en la actualidad. La resiliencia, como elemento vertebrador del cambio, propone orientar el aprendizaje hacia el avance y el crecimiento continuo y conjunto de la comunidad educativa. La escuela ha de ser resiliente y generar desarrollo. No se trata ya de seguir profundizando en el análisis de las dificultades, sino de desplegar el potencial de la escuela para ejercer como tutora de resiliencia social. Como institución dedicada a la formación de personas y al desarrollo humano, es una guía excelente del proceso de cambio social. La escuela, si toma conciencia de ello, puede orientar y acompañar el crecimiento de alumnos, profesionales, familias a lo largo del tiempo.

3. UNA ESCUELA RESILIENTE QUE ENSEÑA A VIVIR DE FORMA INTELIGENTE

En la obra *Aprender a vivir* de José Antonio Marina (2004), investigador y filósofo contemporáneo, se define la meta de la educación como la ayuda prestada al niño o adolescente para que desarrolle una vida feliz, noble, creativa e inteligente. El autor presenta una teoría educativa de la personalidad y alienta a la movilización educativa para que la sociedad en su conjunto impulse un cambio en educación. El autor defiende una propuesta educativa caracterizada por:

- Partir de una psicología emergente que describe el proceso en el que se gesta la personalidad humana desde su estructura biológica y social.

- Concebir la educación y el desarrollo como proceso creativo y sistémico donde todo comportamiento surge de la interacción de múltiples factores complejos que suceden en un campo social.
- Defender la tarea de enseñar a vivir, no como carga sino como rampa de salvación;

La formación de la escuela como tutora de resiliencia social se encuentra en consonancia con dichos cimientos. Parte de una psicología de la personalidad orientada a las fortalezas humanas, identificando recursos personales y destacando la relevancia de las figuras de apoyo. Concibe la pedagogía de la resiliencia desde un enfoque necesariamente sistémico donde los cambios organizativos, estructurales y pedagógicos van generando sinergias que conducen a la superación personal, profesional y social. Finalmente, confía en la capacidad de superación humana argumentando lo conveniente, oportuno y beneficioso de una pedagogía de la resiliencia.

Enseñar a los alumnos a vivir requiere de un análisis profundo sobre quiénes son y de dónde parten los niños y adolescentes en la actualidad. Enseñar desde la resiliencia implica reforzar la identidad de los estudiantes y dotarles de estrategias para adaptarse a una sociedad de grandes cambios y rápidas transformaciones, desarrollar las habilidades para tolerar la frustración y resistir el malestar, fortalecer la voluntad para persistir en la tarea y animar a la creatividad para generar múltiples soluciones. Si aprender a vivir en la escuela consiste en encaminar el proceso de enseñanza y aprendizaje al desarrollo, salud, felicidad y dignidad humana de cada uno de los alumnos; la resiliencia, en sus dos funciones básicas –resistir y rehacerse– contribuye a ello. El alumnado necesita tener modelos y referentes para perseverar ante la incertidumbre y la dificultad, también requiere de una orientación que trasciende los problemas, que incita al pensamiento creativo, capaz de generar nuevas alternativas que den mejor respuesta a una situación. En este sentido, conviene que la escuela modele un comportamiento vital positivo ante los problemas y permita que la comunidad educativa interprete la dificultad como un reto de crecimiento, dedicando la mayor parte del esfuerzo a generar soluciones. Es desde una pedagogía basada en la resiliencia, desde donde la capacidad personal y el apoyo social se combinan para poner en interrelación las facultades humanas que confluyen en el comportamiento resiliente: inteligencia, iniciativa, creatividad, humor, flexibilidad, pensamiento crítico, solidaridad, cooperación. En este sentido, al igual que Seligman demostró que la indefensión aprendida se modela con procesos de aprendizaje (Seligman, 1991), también la resistencia resiliente puede modelarse en las personas (Cyrlunik, 2001).

Las experiencias de vida del alumnado son el punto de partida para definir objetivos de aprendizaje. Tanto errores como aciertos son igual de válidos para el desarrollo de la persona. Desde la resiliencia la escuela problematiza los aprendizajes para que la solución se torne significativa. Ante la impotencia, la desolación o la frustración por la dificultad, la escuela alienta a la búsqueda de recursos, a la persistencia, al apoyo social y a la expectativa de logro. No es meramente un enfoque de desarrollo individual, sino que buscando la superación personal adopta un carácter marcadamente social. Se aprende a ser resiliente gracias a la labor de un tutor que estimula dicha capacidad y se orienta dicha resiliencia a un deseo de transformación personal que contribuya al desarrollo compartido.

Aprender a vivir y educar la resiliencia son objetivos sustentados en las teorías del desarrollo humano que abarcan la integración armónica de todas las dimensiones de la persona. La teoría educativa de la personalidad de Marina (2004) otorga verdadera importancia al proceso de autoconocimiento y realización personal. Describe el desarrollo

diferenciando tres niveles que se suceden de forma consecutiva: la personalidad recibida, la personalidad aprendida y la personalidad elegida. La personalidad recibida es aquella que se recibe en base a la matriz biológica, emerge de las funciones intelectuales básicas, el temperamento y el sexo. La personalidad aprendida tiene un grado mayor de desarrollo, se constituye progresivamente formando el carácter; comprende los hábitos afectivos, cognitivos y operativos. Por último, la personalidad elegida se define como aquella que se configura en base a la clarificación del propio sistema de valores, el modo de desarrollarlo ante cada circunstancia y la elaboración del proyecto de vida. Estos tres niveles se desarrollan progresivamente y en gran parte gracias a la función de la escuela. Su estructura guarda un paralelismo con el desarrollo de la resiliencia. Las bases de la resiliencia se ponen en el marco de la personalidad recibida; los aprendizajes y hábitos permiten avanzar en el desarrollo de la resiliencia y finalmente, tras un proceso de aprendizaje, la resiliencia queda integrada en la personalidad elegida como nota característica de la trayectoria vital, como recurso personal para superarse de manera continua. La personalidad elegida es por tanto la más elaborada y compleja al integrar el carácter y el comportamiento y desde la escuela puede contemplarse cómo enriquecerla desde la resiliencia.

Por otra parte, también existe relación conceptual entre la promoción de la resiliencia y teorías destacadas del desarrollo de la inteligencia. Existen diversos modelos que explican la inteligencia humana abarcando talentos, capacidades e incluso diferentes inteligencias. Para Gardner (1987) la inteligencia se concibe como un potencial para resolver problemas, generar productos valiosos en un contexto cultural determinado o plantear nuevos interrogantes. La expresión conjunta de la inteligencia intrapersonal e interpersonal de Gardner permite manifestar la resiliencia. La persona ha de conocerse para identificar sus propios recursos y saber establecer relaciones de calidad con los otros, para contar con una red de apoyo. Mediante la combinación de ambas habilidades se elevan las probabilidades de ser capaz de superar la adversidad y continuar con éxito su desarrollo. Por otra parte, Sternberg y Lubart (1991) propone una estructura jerárquica que conduce a la inteligencia exitosa. Explica el desarrollo de la inteligencia en base a tres subteorías: componencial, experiencial y contextual. También desde dicho marco teórico cabe integrar la educación de la resiliencia. La resiliencia del niño o del adolescente emana necesariamente de la convergencia dimensional de las tres inteligencias, puesto que promover la resiliencia supone: detectar y potenciar la fortaleza interna (subteoría componencial), enfrentarse a los problemas de adaptación al medio (subteoría experiencial) y avanzar en un mayor conocimiento o crecimiento personal para seleccionar o transformar las condiciones de su entorno para que sean favorables (subteoría Contextual). Finalmente, Marina (2004) aporta los conceptos de inteligencia resuelta e inteligencia compartida. La primera definida como la mezcla de conocimiento y valor que conduce al comportamiento inteligente, de forma que la persona inteligente es aquella que aplica sus recursos para resolver adecuadamente problemas prácticos. La segunda, nace del diálogo intelectual y afectivo, se desarrolla a través de procesos de comunicación y se potencia en grupo. Por tanto, en base a las teorías de la inteligencia humana expuestas, Gardner (1987), Sternberg y Lubart (1991), Marina (2003), cabe afirmar que una persona resiliente se comporta de forma inteligente.

La resiliencia compromete los recursos intelectuales, afectivos, volitivos y sociales de la persona para resolver problemas, adaptarse a su entorno o modificarlo. Bajo los presentes planteamientos, educar la resiliencia supone invertir más medios al servicio del desarrollo del niño y adolescente y avivar su inteligencia. Ante ello, puede objetarse si la promoción de la resiliencia no será una tarea más a añadir al conjunto de demandas que se realizan a la escuela o hará más compleja la labor de esta. Pero, de la misma forma que argumentaba

Castaño (2009), cuando se empezaba a hablar del aprendizaje por competencias, estos enfoques no sustituyen a los elementos que actualmente se contemplan en el currículo, sino que permiten adquirirlos de manera más significativa y completa. Integrar la resiliencia como parte de la labor de la escuela permite orientar todas las prácticas hacia el aprendizaje. Brinda herramientas para favorecer un desarrollo armónico de la personalidad y busca capacitar al alumnado y profesorado para afrontar de forma más eficaz, los retos que se le plantean. Eso sí, para acometerlo con éxito, la implementación de una pedagogía de la resiliencia requiere de diversas condiciones:

- Partir de una perspectiva de educación integral y un aprendizaje por competencias.
- Valorar y atender la diversidad característica de todo grupo humano.
- Adaptarse a las características propias de cada etapa evolutiva.
- Atender las necesidades y posibilidades que brindan las circunstancias personales y sociofamiliares de los alumnos.
- Observar a nivel sistémico, el número y la calidad de los recursos e indicadores de resiliencia.
- Actuar frente a los factores de riesgo y los obstáculos que bloquean el desarrollo, para compensar su impacto.
- Fomentar los factores de protección.
- Aceptar el compromiso de promover la resiliencia.

Por tanto, desde la pedagogía de la resiliencia la escuela apuesta por enseñar a vivir de forma inteligente promoviendo:

- El conocimiento como es un recurso para resolver retos propios de cada etapa evolutiva, el aprendizaje trasciende las aulas y continúa a través de la propia dinámica de relaciones. El clima es de cooperación y apoyo entre sus miembros;
- El desarrollo de todas las dimensiones de la inteligencia (intrapersonal, interpersonal, creativa, crítica, social). Los alumnos tienen la oportunidad de formarse en capacidades y competencias de valor para su inclusión social y para su realización personal. El logro tiene un sentido y no se limita al éxito personal, sino que aspira a la transformación del entorno;
- Una escuela como tutora de resiliencia social. Un centro capaz de afrontar y resolver los problemas de forma constructiva, con un compromiso por el aprendizaje de la propia organización para adaptarse a las demandas de su entorno, contribuyendo a su vez a la mejora de este.

4. PROFESORES, AGENTES DE DESARROLLO Y TUTORES DE RESILIENCIA

Una escuela resiliente que promueve la superación y el aprendizaje mediante las experiencias diarias está sustentada necesariamente sobre una comunidad educativa donde los profesionales son capaces de descubrir en ellos mismos la resiliencia. De hecho, formar educadores resilientes es la mejor garantía de éxito para que los alumnos aprendan a responder de manera constructiva ante la adversidad. La resiliencia se aprende en la escuela a través de la formación explícita y también mediante el ejemplo de los profesionales.

Cada profesor es un modelo de referencia accesible para los alumnos en el día a día. Los profesionales de la enseñanza han de reunir aptitudes y actitudes que permiten desempeñar su tarea con dominio, con eficacia y al mismo tiempo con enorme satisfacción. Su función requiere de gran flexibilidad para adaptarse a los cambios y optimismo para interpretar los problemas y dificultades como oportunidades de aprendizaje.

Henderson y Milstein (2003) señalan que “los alumnos resilientes necesitan educadores resilientes” (p. 57). Con el fin de formar a los profesionales, proponen aplicar el modelo de la rueda de la resiliencia adaptando los seis pasos de este al ámbito educativo. Los autores, explicitan y justifican la necesidad planificar en la escuela actuaciones dirigidas a:

1. Enriquecer los vínculos entre los profesionales del centro;
2. Establecer límites claros y firmes de las competencias y funciones de cada profesional y del centro;
3. Formar a los profesionales en habilidades de vida de interés para su propio desarrollo competencial;
4. Brindar afecto y apoyo en el ambiente de trabajo logrando que sea acogedor y retroalimentado positivamente al profesorado;
5. Establecer y transmitir expectativas elevadas confiando en la autonomía de los profesionales para desempeñar su trabajo e innovar;
6. Brindar oportunidades de participación significativa haciendo a los profesionales sentirse corresponsables de un proyecto compartido en la escuela.

Desde estas acciones se logra formar al profesorado para ser agentes de desarrollo y promotores de la resiliencia. El perfil del educador resiliente está definido por las siguientes características.

Tabla 1. Perfil de Educador Resiliente

PERFIL DEL EDUCADOR RESILIENTE					
VÍNCULOS	LÍMITES	ENSEÑANZA	APOYO	EXPECTATIVA	OPORTUNIDADES
<p>Busca oportunidades de interactuar con los otros.</p> <p>Es cooperativo y se relaciona fácilmente.</p> <p>Las diferencias de jerarquía no constituyen obstáculo para la relación.</p>	<p>Comprende y acepta la política y reglas del centro.</p> <p>Interviene en la elaboración y modificación de las normas del centro.</p> <p>Actúa de forma coherente y comprometida con las normas.</p>	<p>Se mantiene en formación permanente.</p> <p>Educa desde una visión interdisciplinar para el desarrollo integral.</p> <p>Tiene seguridad en su desempeño.</p> <p>Intercambia, da y solicita ayuda de otros compañeros.</p>	<p>Sentimiento de pertenencia.</p> <p>Recibe mensajes de valoración y apoyo.</p> <p>Está respaldado por la organización.</p> <p>El sistema de recompensas alienta sus iniciativas.</p>	<p>Confía en su propio potencial y en el del grupo de profesionales.</p> <p>Aspira a la excelencia propia y de los demás combinando la exigencia con el apoyo.</p> <p>Se siente valorado en su función.</p> <p>Reconoce su capacidad para cumplir con las expectativas.</p>	<p>Percibe su responsabilidad dentro del centro.</p> <p>Toma la iniciativa en propuestas de mejora.</p> <p>Participa en las tareas del centro.</p> <p>Conoce lo que sucede en la escuela, se involucra en las mejoras y celebra los éxitos.</p> <p>Interpreta errores y problemas como oportunidades de superación.</p>

Fuente: adaptado (Henderson y Milstein, 2003).

La formación de los profesionales es una clave fundamental para promover la resiliencia en la escuela. Educar requiere de formación y también de vocación. Los profesionales han

de sentirse llamados a ayudar a niños y adolescentes para desarrollar su potencial, tener el deseo de ser un instrumento al servicio del aprendizaje para conducir al alumnado hacia su realización y tomar conciencia de la importancia de mantenerse en constante formación. La calidad del proceso de enseñanza, el diseño de las actividades de aprendizaje y la relación pedagógica con el alumnado y los compañeros dependen en gran medida de los conocimientos, actitudes y aptitudes de los profesionales.

Los educadores son en gran parte responsables del aprendizaje que se realiza en la escuela. La situación permanente de reforma del sistema educativo tiene implicaciones sobre sus prácticas y exige la capacidad de adaptarse a cambios constantes. Las demandas del entorno sociocultural evolucionan y la forma de enseñar también ha de hacerlo. Para mejorar la educación resulta esencial apelar a la función del profesorado y poner los medios para enriquecer su formación. Sólo profesionales bien formados pueden educar. Sólo personas en las que se ha reforzado la resiliencia lograr ejercer como tutores para los demás. Los profesionales de la enseñanza, educadores, maestros, profesores pueden hacer de la crisis del sistema educativo un factor de superación personal y profesional. El tratamiento mediático de la problemática educativa afecta a la percepción social que se tiene de los docentes. Desde los años 90 a la actualidad, el incremento de estudios sobre el malestar docente y la difusión del síndrome del “burn out” en profesionales de la enseñanza, ha influido sobre la visión de esta profesión como más vulnerable al estrés y al agotamiento. Dentro del propio colectivo también se difunde un mensaje desalentador enfocado en la insuficiencia de recursos para hacer frente a las exigencias actuales. Sin embargo; aunque se pueden detectar factores de riesgo para prevenirlos, es interesante orientar las investigaciones en mayor medida hacia la medición de la satisfacción del docente con su profesión, del impacto de su labor como tutor del alumnado. Conviene avivar los factores vocacionales y despertar en el profesorado y la sociedad una alta valoración de lo que significa ser profesor. El bienestar del educador y el disfrute de su profesión es un factor clave para el éxito de la educación y la promoción de la resiliencia.

Educar trasciende la enseñanza de determinada materia y dirige al profesor hacia la formación integral del alumnado. La labor tutorial es inherente a la labor docente. El profesor vela por el desarrollo de cada uno de sus alumnos como persona individual y única. Este trabajo forma parte de una misión compartida por todo el equipo docente. La educación del niño y adolescente se realiza a lo largo de la escolaridad en colaboración de la familia y gracias al respaldo de la sociedad. Martínez y Vásquez-Brofman (2006) investigan sobre la importancia de la figura del tutor. Las autoras estudian el desarrollo de niños que pertenecen a grupos de riesgo y analizan los factores que les permiten lograr una adaptación exitosa y manifestar resiliencia. Tras el seguimiento de los casos concluyen que es gracias al apoyo de una figura adulta que los niños salen adelante. Destacan que esta figura se caracteriza por velar por su integridad, confiar en sus posibilidades y mostrarse cercana y accesible. Las autoras denominan a estas personas como “tutores de resiliencia” e indican que una de las tareas más relevantes de los tutores es contagiar entusiasmo. El niño necesita descubrir en la mirada del adulto una lectura positiva de la situación, ganando seguridad al sentir que es aceptado y valorado.

En educación, los profesionales y la escuela asumen la función de guía y orientación de los alumnos. La acción tutorial confiere al trabajo de los profesionales de la educación un mayor componente vocacional. La función del profesor es ser fuente de ayuda para que crezcan los demás interiorizando que es agente promotor de resiliencia. “Salir de la inercia, vincularse a las necesidades del alumno y dedicarse estratégicamente a la superación de obstáculos,

constituye el motivo esencial del rol docente” (Olguín, 2008, p. 3). La escuela que enseña y prepara para vivir bien, los profesionales resilientes y atentos a las necesidades de los alumnos y la pedagogía que busca ha de ser el horizonte hacia el que encaminar el trabajo de los profesionales. Han de educar a los alumnos para que se desarrollen armónicamente desde una concepción de la persona como ser único, completo y social. Esto implica realizar con cada alumno una labor de apoyo emocional y acompañamiento personal. Por ello, junto a las competencias de marcado carácter técnico, educar requiere de competencias socio-personales en el profesional.

Desde el modelo de la escuela como tutora de resiliencia se destaca la función de los profesores como agentes de desarrollo, los alumnos aprenden a relacionar, progresivamente, cada uno de sus aprendizajes con el progreso y la mejora social. Los profesionales de la enseñanza tienen un papel relevante para despertar el potencial de resiliencia en los niños. Cuando se detectan en la escuela situaciones de riesgo, de desventaja o de vulnerabilidad del alumnado, asumir la función de tutor de resiliencia cobra especial relevancia. El desarrollo de la resiliencia ha de ser parte de la respuesta educativa, de forma que la escuela y el profesorado brinden protección y esperanza desde su ámbito de competencia. En educación, el principio de equidad e igualdad de oportunidades requiere de una labor de compensación educativa. La escuela debe atender las necesidades específicas de cada alumno para que todos alcancen el máximo desarrollo. Desde este planteamiento, la promoción de la resiliencia como perspectiva de intervención, abre la posibilidad de generar en todos los alumnos y en especial en aquellos con mayores necesidades una orientación hacia el crecimiento y la superación. Para cualquier alumno que esté atravesando una situación complicada encontrar un profesor que ejerza de tutor de resiliencia va a ser un factor de protección de inestimable valor. Como sentenciaba Pennac (2008) “¡Basta un profesor –uno solo– para salvarnos de nosotros mismos y hacernos olvidar a todos los demás” (p. 2).

5. ALUMNOS LLENOS DE POSIBILIDADES A DESCUBRIR

Ser niño o adolescente en el siglo XXI supone crecer en una sociedad de cambios acelerados y acontecimientos inesperados que afectan todas las dimensiones de la vida: personal, familiar, relacional y social. Crecer en un mundo globalizado requiere de apertura y flexibilidad. Los niños y adolescentes actuales necesitan formación y acompañamiento para adquirir seguridad en sus capacidades y elaborar progresivamente un el proyecto personal donde incluyan competencias para realizar un aprendizaje permanente.

Infancia y adolescencia son etapas evolutivas caracterizadas por el cambio biológico y personal. Hasta alcanzar el desarrollo adulto, es fundamental que los alumnos cuenten con el apoyo y la ayuda de los adultos. Desde la familia y también desde la escuela, se vela porque las necesidades básicas estén cubiertas, se conozcan claves culturales y valores desde las que interpretar la realidad y obtengan la seguridad suficiente para explorar el entorno.

El discurso y los análisis que reflejan los medios de opinión social cuando hablan sobre los niños y adolescentes actuales, difunden en no pocas ocasiones, una visión negativa de sus características. Las diferencias generacionales son percibidas como perjudiciales para el correcto desarrollo y propias de un estilo de actuación disfuncional. Sin embargo; atendiendo al paradigma de la resiliencia y la propia misión de la escuela no es aceptable una visión parcial y segada del alumnado. Las características de los alumnos, que son propias del momento histórico en que viven y del contexto concreto en que se desarrollan, han de verse como un potencial y nunca como un problema. Ante el fracaso del sistema educativo no ha de

arremeterse contra el alumnado y culpabilizarle por su falta de concentración y esfuerzo. La función de la escuela y de los profesionales debe ser llegar hasta el alumnado y poner los mejores medios para que aprenda. Ello implica necesariamente desechar métodos que no funcionan e incorporar nuevas formas de alcanzar el mismo objetivo.

El ser humano siempre evoluciona. Existe una tendencia a criticar las características diferenciales de las nuevas generaciones, pero el cambio generacional es una constante. La diferencia siempre genera resistencia y surgen reacciones de defensa como el miedo, el rechazo o la crítica. Ante ello, la sociedad necesita de instituciones de formación como la escuela, que confronten estos planteamientos, defiendan las posibilidades de los jóvenes y desarrollen su potencial orientándolo hacia el bien común. La escuela ha de tomar conciencia del discurso social pero no quedar atrapada en él. Como institución educativa debe modelar una visión positiva y esperanzadora de los jóvenes y del futuro. Cada profesional ha de reflexionar sobre sus propias creencias y esquemas antes de diseñar la intervención, pues una concepción negativa sobre los alumnos representa un obstáculo para la labor docente, inhibe la resiliencia y, en parte, frena el desarrollo del alumnado. Como afirma Cyrulnik (2003) "Muy a menudo es la mirada del adulto la que bloquea el desarrollo del niño" (p. 123).

El modelo de escuela tutora de resiliencia social no admite etiquetas, profecías ni determinismos que limiten la capacidad de los alumnos de crecer interiormente y superarse. Tampoco es proclive al desaliento, encontrando un sentido incluso a las conductas disfuncionales o inadecuadas de los alumnos. Acoge los rasgos diferenciales del alumnado como el mejor acicate para decidirse a innovar. La respuesta educativa, la selección de los métodos y el diseño de actividades cambian para adecuarse al estilo de aprendizaje de los alumnos y con ellos, también la escuela avanza.

Las nuevas generaciones más emocionales y sociables tienen un gran potencial para desarrollar la resiliencia. La capacidad de expresión que caracteriza a los alumnos y su tendencia a realizar las actividades en grupo permite reforzar los vínculos y generar redes de apoyo social. Su necesidad de comunicarse y ser independientes puede ser de gran valor si se les proporcionan valores para construir un proyecto de vida con sentido. La escuela dota a los alumnos de herramientas para su realización y éstas han de ser coherentes con las características generacionales y las proclividades y preferencias en sus estilos de aprendizaje.

También los alumnos con necesidades de aprendizaje, que están en desventaja o que atraviesan situaciones de dificultad deben verse desde el prisma de la posibilidad y la resiliencia. Necesitan de orientaciones específicas para no frenarse ante la dificultad y requieren del apoyo del adulto para construir la confianza en sus capacidades. Los niños y adolescentes están más predispuestos a manifestar resiliencia cuando concurren un mayor número de factores favorables en su familia, los contextos cercanos y el entorno sociocultural. Barudy y Dantagnan (2007) señalan que las fuentes de resiliencia infantil provienen de tres niveles diferentes (p. 11):

- a) Nivel macro sistémico: entorno social y cultura predominante.
- b) Nivel micro sistémico: la organización y funcionamiento familiar.
- c) Personal: articulación entre la estructura personal y las relaciones interpersonales.

El análisis de estas fuentes permite jerarquizar y delimitar los recursos y apoyos con los que cuenta cada alumno para construir la resiliencia. La escuela es un eje central desde el que generar y engarzar factores de resiliencia. Actúa como nexo entre el desarrollo de la persona y su integración en el medio. La escuela interviene tanto a nivel personal como

micro y macro sistémico. La escuela como tutora ha de educar a las personas y lograr que el ambiente eduque.

Estudios científicos demuestran la importancia del contexto institucional de la escuela para el desarrollo y bienestar infantil (Barudy, 2008). Los resultados de estas investigaciones evidencian que los alumnos que se sienten aceptados, queridos y bien tratados, al menos por un profesor, son capaces de desarrollar una autoestima positiva y segura. En el caso de alumnos que pertenecen a contextos de riesgo, el proceso de enseñanza y aprendizaje resulta fundamental para interesarse por aspectos positivos del mundo que les rodea. Gracias a la escuela alumnos que viven en situaciones de riesgo, aprenden a modular sus emociones, comportamientos y creencias, crecen desde el respeto a sí mismos y a los demás, y encuentran los recursos personales y sociales necesarios para superarse.

De cara a la intervención con el alumnado es de interés diferenciar dos estados del desarrollo de la resiliencia (Cyrulnik, 2001; Barudy y Dantagnan, 2005). La mayor parte del alumnado que llega a la escuela ha generado en el entorno familiar la “Resiliencia Primaria”. Gracias a la adecuada satisfacción de necesidades infantiles y la protección prestada al niño durante los tres primeros años de vida, existe en ellos una confianza y seguridad suficientes para manifestar resiliencia. El estilo de crianza es determinante en la conformación de la mente infantil. La maduración, organización y desarrollo del cerebro se hace más proclive a la resiliencia cuando el entorno está caracterizado por los buenos tratos. Sin embargo, otra parte de los alumnos están envueltos en un ambiente sociofamiliar o cultural adverso. En las primeras etapas evolutivas no reciben los cuidados oportunos y la resiliencia primaria no se forja en su estructura mental. La escuela ha de detectar estos casos y programar cómo construir explícitamente la resiliencia para ayudarles. El desarrollo de competencias para funcionar de manera adecuada y saludable, la orientación familiar y los factores de protección del entorno, son medidas que puede aplicar para desarrollar “Resiliencia Secundaria” definida por Barudy (2010) como la capacidad que se desarrolla en niños, adolescentes o adultos que, pese a vivir en contextos patógenos o disfuncionales, son capaces de sobreponerse y responder de manera constructiva a las adversidades de la vida. Las diferencias en la formación de la resiliencia en los alumnos requieren de estrategias y actuaciones específicas en cada caso. Desde un marco común y una misma filosofía de intervención, algunos alumnos requieren sencillamente el estímulo y refuerzo de factores ya existentes mientras que otro porcentaje de alumnos necesita de la construcción de la resiliencia y el apoyo firme de un tutor para completar el mismo proceso.

Todos los alumnos se benefician de las medidas dirigidas a desarrollar la resiliencia tanto primaria como secundaria. La resiliencia primaria es la capacidad de afrontar los desafíos y las adversidades de la vida de manera constructiva. Se desarrolla gracias a los buenos tratos recibidos desde las primeras etapas de vida, el apego seguro, la existencia de una red de apoyo satisfactoria y la formación de un locus de control interno. Actúa a modo de escudo de protección para la persona predisponiendo a un estilo de actuación resiliente. En la escuela ha de estimularse su desarrollo desde una visión de promoción y prevención. Los factores que permiten desarrollar la resiliencia primaria en los niños y adolescentes son (Barudy y Dantagnan, 2005):

- Ser criado por al menos un adulto con capacidades parentales suficientes, siendo el apego y la empatía sus características más relevantes;
- Contar con apoyo social y afectivo de los adultos y pares del entorno inmediato: familia extensa, escuela;

- Tener la posibilidad de participar y recibir nutrientes afectivos y educativos en redes sociales formales e informales: grupos de amigos, vecinos, clubes deportivos, grupos culturales;
- Acceder a una educación en valores;
- Participar en actividades sociales, de ocio y creativas: actividades de tiempo libre, culturales, de apoyo mutuo, teatro, pintura, escultura...;
- Fomentar el humor.

Junto a ello, cuando estamos ante casos de alumnos que presenten problemáticas asociadas a factores personales, familiares, escolares o sociales es necesario diseñar programas específicos para generar otro tipo de resiliencia como medida de intervención. La escuela ha de contribuir y poner los medios para suscitar la resiliencia secundaria, entendida como la capacidad de una persona de sobreponerse a la adversidad pese a haber estado sometida a contextos patógenos o sistemas de relación disfuncionales. Dicha capacidad puede desarrollarse gracias a la existencia de al menos un adulto significativo que ejerce de tutor de resiliencia y presta el apoyo necesario para generar recursos y reconducir el proceso de aprendizaje hacia la superación. Werner y Smith (1982) trabajaron desde los inicios de la investigación en resiliencia para desarrollar la resiliencia secundaria. En base a sus hallazgos evidencian la necesidad de desarrollar en el niño o adolescente:

- Capacidad para enfrentar y resolver activamente los problemas haciendo frente incluso a experiencias emocionales difíciles.
- Habilidad para llamar la atención de las personas significativas de su entorno de una forma amable y simpática.
- Visión optimista de sus capacidades.
- Tendencia a explorar su entorno y a ensayar nuevas experiencias.
- Habilidad de mantener una visión positiva a pesar de las dificultades o incluso el sufrimiento.
- Habilidad de estar alerta y ser autónomo.
- Tendencia proactiva para brindar comprensión y apoyo a los demás.

Como profesionales tenemos modelos de gran utilidad para ir modelando la resiliencia primaria y secundaria en nuestros alumnos. Por ejemplo, desde los rasgos propios de las personas resilientes identificados por Wolin y Wolin (1997), se puede observar y valorar en qué medida y a través de qué actividades, estamos estimulando cada uno de ellos en el alumnado: introspección, iniciativa, independencia, humor, habilidades sociales, creatividad y espiritualidad. Sea cual sea el referente teórico de partida, la intervención con el alumnado para promocionar la resiliencia ha de ir dirigida a los siguientes aspectos:

1. Evaluar y detectar del apoyo interno del alumno: recursos y fortalezas propias.
2. Evaluar y detectar del apoyo externo: recursos del entorno familiar, escolar, social y cultural.
3. Identificar o asignar a un profesor el papel de tutor de resiliencia del alumno.
4. Diseñar actividades que refuerzan la toma de conciencia de las fortalezas que se han identificado.
5. Detectar aspectos que obstaculizan e inhiben el desarrollo de la resiliencia en el alumno.

6. Planificar retos asequibles que permitan afrontar y superar dificultades con el apoyo del tutor de resiliencia.
7. Orientar e implicar a la familia para la promoción de la resiliencia.
8. Modelar hábitos de pensamiento, estilos de actuación y competencias personales y socioemocionales que consoliden los cambios.
9. Destacar las aportaciones del alumno para la mejora del grupo o centro en un aspecto de interés.
10. Evaluación de la intervención para el refuerzo de los avances realizados durante el proceso y la mejora en futuras actuaciones.

6. LA FAMILIA, FUENTE DE APOYO

Desde que la educación obligatoria es un derecho y un deber reconocido hasta los dieciséis años, la familia y la escuela están en estrecha relación. Ambas instituciones se encuentran sometidas a los cambios de carácter social, económico, ideológico y educativo que se dan en el entorno. Educar es una tarea compartida por familias y profesionales de la enseñanza, debe contemplarse la relación y coordinación entre ambas como la mejor forma de generar sinergias y formar a la persona. Las familias reclaman orientación para educar a sus hijos y la escuela necesita del apoyo de las familias para garantizar el aprendizaje y su correcta evolución.

En educación, escuela y familia se brindan apoyo mutuo. El desarrollo y la resiliencia de los alumnos es una labor compartida donde cada institución tiene competencias específicas. La implicación de ambas en el mismo proyecto refuerza en mayor medida la solidez de los logros y la transferencia en otros contextos. Desde un enfoque sistémico, las actuaciones para promover la resiliencia en uno o más miembros de la familia repercuten sobre el sistema. La teoría de sistemas de Ludwing von Bertalanffy (1976) señala que los cambios que se producen en un miembro del sistema o subsistema modifican inevitablemente el medio relacional en que se integra, este argumento permite afirmar que la intervención de la escuela sobre el alumno influye también sobre todo el sistema familiar del que forma parte. La escuela tiene diversas formas de ejercer como tutora de resiliencia social. La promoción de recursos y competencias personales, emocionales y sociales en los alumnos revierte en la dinámica familiar y genera cambios en ella, así como la formación a familias es una forma de intervenir sobre los alumnos. Desde el enfoque de la resiliencia y el modelo de escuela como tutora de resiliencia social, ha de llegarse a las familias. La escuela ha de ayudar a que las pautas educativas que reciban los alumnos sean adecuadas y potencien su desarrollo. Puede hacerlo orientando a las familias de forma directa y capacitando a los niños, para que, a través de estos, también se ejerza efecto sobre la familia.

Para la promoción de la resiliencia primaria es necesario que la relación del niño con su familia se base en un apego seguro. Los padres han de modelar capacidades empáticas, mantener pautas de crianza y estilos educativos adecuados en función de las características de los hijos y propiciar la relación y participación con el entorno desde un funcionamiento en red. En los últimos 15 años Barudy y Dantagnan han dedicado un importante volumen de investigación a analizar los modelos de parentalidad y apego. Estos autores analizan las principales teorías sobre el desarrollo infantil extrayendo enseñanzas para la promoción de la resiliencia. En base a ello, concluyen que los niños desarrollan la capacidad de resiliencia

en un sistema familiar saludable y enriquecedor donde existe un contexto de amor y respeto. Para ello insisten en la importancia de formar a las familias y señalan un conjunto de siete competencias parentales fundamentales:

- a) Demostraciones físicas y verbales de afecto y cariño en los primeros cuatro años de vida.
- b) Reconocimiento y atención a sus éxitos y habilidades.
- c) Oportunidades de desarrollo de destrezas.
- d) Actitud de aceptación, cultivo, cuidado, respeto y amor hacia el niño.
- e) Orientación y definición clara de límites.
- f) Protección.
- g) Marco de referencia ético, moral y espiritual.

La escuela ha de liderar y guiar la orientación de las familias. Desde la labor de orientación y tutoría los profesionales han de procurar que las familias donde existen factores de riesgo reciben formación para adquirir competencias parentales adecuadas. El desarrollo de la resiliencia emerge más fácilmente cuando el niño crece en un ambiente de buenos tratos. Escuela y familia han de actuar de manera continuada y coherente para garantizar que el entorno potencie las capacidades de los niños.

De forma sintética, Barudy (2006) señala cuatro factores de influencia en el proceso de construcción de la resiliencia: los recursos comunitarios, las competencias parentales, los factores contextuales y las necesidades infantiles. Los factores comunitarios, donde podría albergarse la labor de la escuela, interactúan con las competencias parentales y en base a ello se da respuesta a las necesidades de los niños mediatizadas por el contexto. Es importante insistir en el lugar predominante de la escuela dentro de los recursos comunitarios. Su labor formativa incrementa y estimula los recursos parentales de la familia y enriquece los recursos sociales si se logra establecer el necesario diálogo familia y escuela, asumiendo la corresponsabilidad en la tarea educativa. El momento actual y las nuevas teorías del desarrollo y el aprendizaje permiten a la escuela diseñar actuaciones desde las que fortalecer a los alumnos de manera directa y a través de la formación de la familia. Desde un enfoque de posibilidad y una pedagogía resiliente la escuela ha de generar expectativas de éxito e impulsar el desarrollo del alumnado, junto con las familias.

Por otra parte, debe resaltarse la importancia de asumir mayor responsabilidad cuando se tiene conocimiento de que un alumno está inmerso en un medio familiar disfuncional. Cuando sea necesario, la escuela diseñará con las autoridades competentes modelos de intervención psicosocial para proteger el bienestar del niño o adolescente. Pero siempre ha de presentar recursos compensadores y favorecer que el alumno establezca un vínculo de calidad con un profesional como tutor de resiliencia. Los alumnos que se desarrollan en sistemas familiares carenciales o sometidos a problemáticas diversas requieren en mayor medida del apoyo de los profesionales de ayuda y la escuela ha de tomar conciencia de ello. El apoyo incondicional de un adulto que se haga significativo para el alumno puede ser suficiente para que el alumno desarrolle la resiliencia secundaria y se logre avanzar en el proceso de afrontamiento y superación.

Regresando a la teoría de sistemas, el principio de equipotencialidad sirve de fundamento para mantener la esperanza en las actuaciones de intervención de la escuela. La escuela que actúe de manera consistente, coherente y competente para formar a la familia e intervenir

con el alumnado puede acogerse a dos afirmaciones probadas por la equipotencialidad. La primera es que, pese a partir de situaciones iniciales muy diferentes se pueden obtener los mismos resultados y la segunda es que, desde una misma situación inicial son posibles distintos estados finales. Por tanto, la escuela ha de diseñar intervenciones desde la confianza en que:

- Tanto a partir de sistemas familiares protectores como a partir de sistemas disfuncionales es posible alcanzar un desarrollo sano.
- Una misma situación disfuncional no siempre conduce a resultados disfuncionales, sino que puede derivarse un estado diferente y adecuado al seguir el camino correcto.

La escuela tiene dos vías de actuación para proporcionar al alumnado y su familia el apoyo necesario. La educación del niño o adolescente estimulando la resiliencia primaria o construyendo una resiliencia secundaria y la intervención con la familia, para orientar su funcionamiento hacia dinámicas relacionales positivas que hagan del propio sistema familiar un sistema resiliente. La combinación de ambas medidas favorece la disminución de factores de riesgo y el aumento de recursos de protección. La formación de la escuela como tutora de resiliencia induce a generar una red de alianzas entre las familias y el centro. Cuando la responsabilidad educativa se comparte, se logra en mayor medida establecer patrones de comportamiento alternativos y beneficiosos en el alumno. La sinergia entre familia y escuela permite que las bases de la personalidad, el desarrollo y la adquisición de competencias se adquieran de manera más sólida y estable. En relación con el primer aspecto, los profesionales desarrollan medidas de carácter psicoeducativo con el alumno y asesoran a las familias en la importancia de cuatro aspectos:

1. Prestar al niño un vínculo positivo con un adulto competente.
2. Proporcionar un lugar seguro, donde el niño pueda compartir su vivencia.
3. Enriquecer la red social del niño.
4. Promocionar el desarrollo de la resiliencia.

Por otra parte, como procedimiento de intervención con la familia la formación mediante escuelas de padres y talleres, y los planes de actuación individual y familiar son medidas para tener en cuenta. Estos talleres deben favorecer que el funcionamiento familiar albergue dinámicas relacionales positivas y descubra en la escuela, una institución de apoyo en la labor educativa. En algunos casos los profesionales sólo han de reforzar las buenas prácticas de las familias o enriquecer las estrategias y recursos que presentan para afrontar situaciones de riesgo o adversas, en otras ocasiones la situación de la familia requiere de la formación y desarrollo de resiliencia en el sistema para modelar conductas y estilos de respuesta alternativos.

En suma, se ha querido exponer la necesidad y conveniencia de la pedagogía de la resiliencia para la escuela actual. Las aportaciones que la resiliencia puede tener para abordar el fenómeno educativo centrándolo en las fortalezas humanas y destacando la función de la escuela como tutora de resiliencia social son múltiples y merecedoras de mayor análisis e investigación. Para ello ha de aprenderse más sobre la resiliencia, continuando con el diseño y la evaluación de programas que favorecen su desarrollo en el alumnado, las familias, el profesorado y el propio centro educativo como organización.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barudy, J. & Dantagnan, M. (2005, 2007). *Los buenos tratos en la infancia*. Gedisa.
- Barudy, J. & Dantagnan, M. (2009). *Construcción del bienestar y buenas prácticas en la Infancia X congreso Estatal* (Murcia) disponible en <http://www.fapmi.es>.
- Barudy, J. & Dantagnan, M. (2010). *Los desafíos invisibles de ser padre o madre*. Gedisa.
- Bertalanffy Von, L. (1976). *Teoría General de los Sistemas*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Barudy, J. & Marquebreucq, A P. (2006). *Hijas e hijos de madres resilientes*. Gedisa.
- Castaño, I. (2009). El marco general de la educación por competencias. *Educadores: Revista de renovación pedagógica*, 229, 8-19.
- Cyrułnik, B. (2001). *La maravilla del dolor: el sentido de la resiliencia*. Granica.
- Cyrułnik, B. (2002). *Los patitos feos, una infancia infeliz no determina la vida*. Gedisa.
- Cyrułnik, B. (2003). *Psicoterapia de Dios. La fe como resiliencia*. Gedisa.
- Flecha, R., Padrós, M. & Puigdellívol, I. (2003). Comunicades de aprendizaje. Organización y gestión educativa. *Revista del Fórum Europeo de Administradores de la Educación*, 11(5), 4-8.
- Gardner, H. (1987). *Estructura de la mente: la teoría de las múltiples inteligencias*. Fondo de Cultura Económica.
- Henderson, N. y Groterberg, E. (2006). *La Resiliencia en el mundo de hoy*. Gedisa.
- Henderson, N. y Milstein, M. (2003). *Resiliencia en la escuela*. Paidós.
- Lamata, C. (2012). *La escuela como tutora de resiliencia social*. [Tesis doctoral. UCM].
- Lamata, C. (2009). La resiliencia verdadero asidero para las situaciones difíciles. *Educadores*, 231, 70-75.
- Manciaux, M. (2006). *Resistir y rehacerse*. Gedisa.
- Manciaux, M; Cyrułnik, B. (2003). *El realismo de la esperanza*. Gedisa.
- Marina, J. A. (2003, 1995). *Teoría de la Inteligencia Creadora*. Anagrama.
- Marina, J. A. (2004). *Aprender a vivir*. BARIel.
- Martínez Torralba, I.; Vázquez-Brofman, A. (2006). *La Resiliencia Invisible*. Gedisa.
- Munist, M., Santos, H. & Kotliarenco, M. A. (1998). Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes. Wasington: Organización Panamericana de la Salud, 2003. <Http://www.paho.org/spanish/HPP/HPF/ADOL/Resilman.PDF>
- Olguin, E. (2008). *Prácticas e instituciones educativas Fortalecedoras*. Mendoza 2008, XVII Jornadas Red Universitaria de Educación. Y XI Encuentro de Estudiantes: "Nuevas perspectivas del Sistema de Formación Docente.
- Pennac, D. (2008). *Mal de escuela*. Mondadori.
- Puig, J.M, Palos, R. (2006). Rasgos Pedagógicos del Aprendizaje-Servicio. *Cuadernos de Pedagogía*, 375, 61-63.
- Santiuste, V. (2001). *El pensamiento crítico en la práctica educativa*. Prologos. Fugaz.
- Seligman, M E. (1991). *Learned Optimism* New York disponible en http://en.wikipedia.org/wiki/Martin_Seligman.

- Sternberg, R. J., & Lubart, T. I. (1991). An investment theory of creativity and its development. *Human Development*, 34(1), 1–31. <https://doi.org/10.1159/000277029>
- Werner, E. (1989). High-Risk Children in Young Adulthood: A longitudinal Study from Birth to 32 years. *American Journal of psychiatry*. 59. 1.
- Werner, E. y Smith, R. (1992). *Overcoming the Odds: High-Risk Children from birth to adulthood*. Cornell University Press.
- Wolin, S. y Wolin, S. J. (1997). *Shifting Paradigms: Easier Said Than Done, Resiliency in Action*. Fall.